

Corrian ya del santo Nacimiento
Cuarenta y ocho sobre quince cientos,
Cuando con pocos hizo mudamiento
De la nueva ciudad y sus asentios;
Llegó con los demás en salvamento,
Amigos y parientes descontentos
A causa de hallar en su tenencia
Otro nuevo juez de residencia.

Mas este como fuese caballero,
Hombre de gran valor y circunspecto,
Diferencióse mucho del primero
Y túvole grandísimo respecto;
No maculó su fama por dinero
Ni de codicia mala fué subycto;
Traia sobre seis gobernaciones
Gobierno por reales provisiones.

Aqueste se llamaba Miguel Díaz,
Varon de grandes letras y loables;
Fué notado de algunas demasias
Que no fueran en otros tan culpables;
Pues segun las que vemos estos dias
Aquellas eran mas que tolerables
Porque paraban en lascivos hechos
Sin pretension de robos ni cohechos.

Agora los dos males andan juntos,
Pues si lasciva Venus los abrasa,
No por eso jueces pierden puntos
En recoger pillajes acia casa:
Estas no son sospechas ni barruntos,
Porque lo hacen ya por plaza rasa;
Pero callemos deshonestidades,
Que dan grande disgusto las verdades.

Durante pues aquesta residencia,
Que yo también de vista tractar puedo,
De Popayan y de su pertenencia
Vino por mariscal George Robledo,
Casado con mujer de tal decencia
Que la podríamos loar sin miedo:
Esta señora fué doña María
Que de Caravajal nombre tenia.

Trajo consigo cándidas doncellas,
Deudas cercanas suyas principales,
Y aquí tenemos hoy á las dos dellas
Con el renombre de Caravajales,
Con hijos de valor y hijas bellas
Y en todas partes de virtud cabales:
Y son doña Francisca, gran cristiana,
Y doña Leonor, que fué su hermana.

De la doña Francisca fué marido
Diego Garcia Pacheco, señalado
En este nuevo reino y escogido,
Y el capitán Baltasar Maldonado
De la doña Leonor, en quien se vido
Valor sobre valores encumbrado,
Como mas largamente lo diremos
Cuando los deste reino celebremos.

Siendo Robledo pues encaminado
Al pueblo de Antioquia residente,
Para que fuese mas autorizado
Y el Benalcázar menos impaciente,
Fué por el Miguel Díaz señalado
De Popayan por general teniente,
Y con poder, demás de la tenencia,
Para tomar á todos residencia.

A fin cruel lo lleva su destino,
Y de su pensamiento muy avieso,
Siendo varon de tanto mal indino
Y digno de mas próspero suceso;
Mas vaya por agora su camino,
Hasta que relatemos el proceso,
Porque para poner mayor espanto
Lo quiero concluir con nuevo canto.

CANTO NOVENO.

Donde se da razon de las novedades que hubo en Antioquia después que el adelantado don Pedro de Heredia se vino para Cartagena, y don George Robledo llegó con título de mariscal y con poderes del licenciado Miguel Diaz Armendariz, gobernador de todas aquellas gobernaciones, y de los casos acontecidos en Cartagena hasta la muerte de don Pedro de Heredia.

Los casos venideros y secretos,
Aunque prudentes algo dellos vean,
Suélense defraudar los mas discretos
Midiéndolos segun ellos desean,
Y las mas veces salen los efectos
No como los nivelan ni tantean,
Por ir por otras vias la ventura
De las que debujó su conyectura.

Ansí los que dejamos señalados,
Hombres todos sagaces y prudentes,
Cuando pensaban ser en sus estados
Seguros de pasados accidentes,
Mudables condiciones de los hados
Los llevaron por vias diferentes
De las que merecia su talento,
Virtud, bondad, valor, merecimiento.

Al Heredia pues invida cuadrilla
Tanto lo persiguió con residencia,
Que le hicieron remover la silla,
Y con apelacion de la sentencia
El y el hermano fueron á Castilla,
Donde se remedió con su presencia;
Y así los dos después de ser oidos
Volvieron libres y favorecidos.

Y antes que los hermanos diesen vuelta,
Y aun antes de salir destos estados,
En Antioquia vimos gran revuelta
Entre los de los dos adelantados,
Como sucede cuando gente suelta
A varios bandos son aficionadas,
Por acudir allí como primero
El bachiller Alonso Madroñero.

El cual luego privó de su derecho
A los cartagineses principales,
Deshaciendo lo por Heredia hecho,
Hasta las cosas menos substanciales,
Repartiendo los indios de provecho
A sus apasionados y parciales;
Y de nuevo cabildo y regimiento
Ansímismo hicieron nombramiento.

No podian llevar los despojados
Aquestos menosprecios con templanza:
Buscaban modos para ser vengados
Y no vian camino de venganza,
Por ser pocos y mal aderezados,
Y los contrarios de mayor pujanza;
Mas las iras, enojos y rancores
Pudieron mucho mas que los temores.

Pues convocados donde les cumpla,
Sin que se rezumase tal intento,
Se concertaron en un mismo dia,
Ligados con solemne juramento;
Ansí que, desecharon cobardia,
Por dar á su deseo cumplimiento
En viendo coyunturas y sazones
Que concordaron con sus intenciones.

Apercebido cada compañero
Con ropas, no de fiestas ni de bodas,
Sino con las que hacen del acero,
Luego prendieron á Gaspar de Rodas
Y al bachiller Alonso Madroñero,
Y en un instante las personas todas
Mas arriscadas, y de quien se piensa
Que juntos procuraran su defensa.

Estaban fuera destos pensamientos
Las personas que fueron prisioneras,
Unos seguros en sus aposentos,
Otros en su labor de sementeras;
Al fin salieron bien con sus intentos
Y á todos los pusieron en colleras,
Y con guardas bastantes y en cadena
Los enviaron para Cartagena.

Yendo por harto trabajosa via
Y con mayor zozobra que yo digo,
Toparon al Robledo que venia,
Y soltó muchos que llevó consigo;
Soltó también á Rodas que tenia
Por especial y singular amigo,
El cual gobierna hoy la tierra misma
Sobre que sucedió la dicha cisma.

Al pueblo de Antioquia venido
En infaustas y tristes conjunciones,
De todos ellos fué bien recibido,
Y con sinceridad de corazones
Por justicia mayor obedecido
Desque manifestó las provisiones;
Y en gran conformidad usaba dellas
Oyendo las demandas y querellas.

Otros pueblos también lo recibian,
Donde manifestaba sus recados,
De los cuales algunos lo hacian
No tanto por amor cuanto forzados,
Dándole por disculpa que debian
A Benalcázar ser notificados
Primero, pues á la real corona
A servir fué por su propia persona.

También constaron otros desafueros,
Porque prendió los regios oficiales
Por no querer prestar ciertos dineros
De las cesáreas rentas y reales,
Que para tener malos paraderos
Una fué de las causas principales
Tomallos él por fuerza de la caja
En la ciudad de Arma donde baja.

En Popayan la nueva fué sabida,
Y luego se partió gente lustrosa
A dar el parabién de la venida
Y del poder y dignidad honrosa:
Alvaro de Mendoza se convida,
Pedro de Barros y el cruzado Sosa,
Con otros conocidos caballeros
En trabajos pasados compañeros.

Fuete la vista dellos agradable
Por ser conversacion de muchos años,
Tracto sincero y amistad loable
Y libre de los pérdidas engaños;
Mas esta vista, rueda variable
Hizo que fuese para grandes daños,
Por dalle sus favores sin malicia
Y no pensando ser contra justicia.

En este mismo tiempo que se halla
Robledo con amiga parentela,
En rompimiento vino de batalla
Pizarro contra Blasco Nuñez Vela;
Murió con muchos que mi pluma calla
Del escuadron de su leal tutela,
Personas de valor y de gran peso,
Y Sebastián de Benalcázar preso.

Tractólo bien el vencedor tirano,
Por haber sido capitán antiguo
En los gobiernos del marqués su hermano
Y entonces del Gonzalo gran amigo,
Aunque después por sí tomó la mano
Por los medios que agora yo no digo;
Pero si vida mas nos acompaña
Diremos su valor y buena maña.

Usando pues Gonzalo de clemencia
Y respetando su conocimiento,
Para poder volver le dió licencia
A su gobierno y adelantamiento;
Y demás desta tal magnificencia,
Se le dió todo buen aviamiento
Y cosas necesarias á su gasto
Hasta llegar á la ciudad de Pasto.

En aquella sazón allí vecino
Un Francisco Fernandez Giron era,
Nombrado luego por ser hombre dino
En el cargo que tuvo Juan Cabrera;
El cual con mucha gente con él vino
A su gobernacion y á su frontera,
Quejoso como supo del enredo
Usado por el don George Robledo.

Diciendo, no sin un cierto gemido
Sacado del profundo de su pecho:
«Con malos términos ha respondido
A lo que siempre yo por él he hecho,
Siendo de mí Robledo preferido
En voluntad, en honra y en provecho;
Pero podría ser, pues tiempo rueda,
Pagalle yo con otra tal moneda.»

No faltaron muy buenas voluntades
Entre varones nobles desta gente,
Solicitos en las conformidades,
Y no hallaban seco despidiente
Ni razon resoluta de amistades
Que por entero fuese concluyente,
Pues solamente siendo persuadido
Parecia prestalles buen oido.

Sabido por Robledo que venia,
En su lugar, á le besar las manos,
A Barros y al comendador envia,
Ambos á dos hidalgos lusitanos,
Y Alvaro de Mendoza que los guía,
Y otros muchos que van con pechos sanos;
Los cuales topan con el avanguardia,
Y dicenles venir en retaguardia.

Pasaron todos ellos adelante
A dar de su mensaje las razones:
Benalcázar mostró ledo semblante,
Pero no sin dañadas intenciones;
Pues desarmándolos en un instante,
A todos les mandó poner prisiones,
Y caminó con ellos á recado
Sin Robledo poder ser avisado.

El sol cubria ya dorada frente,
Dejando sin su luz la media esfera,
Y el dicho Benalcázar no consiente
Que la gente detenga su carrera,
Hasta llegar adonde de presente
Los avisos el mariscal espera,
En un pueblo que se llamaba Pozo,
Do se precipitó todo su gozo.

Y así por asperísimo camino
Y un riguroso paso de quebrada,
El animoso Benalcázar vino
A Pozo, villa ya conmemorada,
Donde sobresaltaron al vecino
Y al mariscal cercaron la posada,
Al cual pusieron inmediatamente
En cepo y grillos como delincuente.

Con examinador de pecadoras
Almas, lo meten en pequeña pieza,
Y sin mas intervalos ni demoras
Tapete y el cuchillo se adereza:
De manera que dentro de dos horas
Mandó que le cortasen la cabeza,
Y al comendador Sosa, que sin rienda
En los negocios suyos metió prenda.

Dia del bienaventurado santo
Seráfico Francisco, cuya fiesta
Se suele celebrar con dulce canto
Del coro de católicos, aquesta
Se celebró con lágrimas y llantos,
Y traje que tristeza manifiesta;
Apelan del rigor de la sentencia,
Mas nunca lo movieron á clemencia.

Cargaron religiosos y los legos
Con pientisimas intercesiones,
Mas fueron poca parte con sus ruegos
Para les otorgar apelaciones:
Tan vivos y encendidos son los fuegos
De los apasionados corazones,
Pues en lo mas ó menos importante
No se les pone cosa por delante.

Sacaron de la cárcel los dos juntos
Con espantosa voz de pregonero,
Los graves rostros ya como defuntos,
Enajenados del color primero:
Sollozos y suspiros son los puntos
De los ministros del honesto clero;
La muchedumbre que los acompaña
Con lágrimas sin fin el rostro baña.

Al horrible lugar del sacrificio
Los llevaron con cruces en las manos;
Llegóse de los indios gran bullicio
Para ver justiciar los dos cristianos;
Hicieron los verdugos el oficio
Que suelen los ministros inhumanos:
Quedaron con las impías heridas
Las almas de los cuerpos despedidas.

En dos partes divisa la garganta,
Sale vital humor y rubicundo,
Porque veais cuán presto se quebranta
El edificio vano deste mundo,
Que sobre grandes torres se levanta
Y en un punto lo veis en el profundo:
Locura es no recelar mudanza
Quien mas subida tiene la balanza.

Ahorcado murió desde á dos días
Baltasar de Ledesma ya nombrado,
Y otro con él, que fué Cristóbal Diaz,
Para cualquier afrenta buen soldado
Hizo prender al padre Juan de Frias,
Y estubo con prisiones molesto;
Al Mendoza y al Barros antes presos
Con solamente cárcel fueron lesos.

Para librarse del rigor malino,
Furiosas y primeras tempestades,
Valió no se hallar al desatino
De las antioqueñas vanidades,
Y Francisco Fernandez ser padrino
En que les concediesen libertades,
A causa que de tiempos mas antiguos
Ambos á dos le fueron muy amigos.

Pues Benalcázar por echar el sello
A los enojos de varon severo,
Envio por juez á Juan Coello
A Antioquia con poder entero,
Con presupuesto de estirar el cuello
A los de la prision de Madroñero,
Y el buen Gaspar de Rodas por teniente
Y capitán mayor de aquella gente.

Mas el Gaspar de Rodas como bueno,
Deseando librallos desta pena,
Puso secretas cartas en un seno
A punto y á sazón que les fué buena,
Pues los culpados dejan el terreno
Y caminaron para Cartagena;
Y así Coello por aquellas sendas
Nunca halló culpados ni haciendas.

Destos un Almaraz era primero,
Clérigo que tenían en estima,
Y Diego de Mendoza y Ladrillero,
El cual tuvo después indios en Lima;
Fué Diego Hogazon su compañero,
Con otros que no caben en mi rima,
Soldados del Robledo valedores
De los mas escogidos y mejores.

Sin sucedelles mal inconveniente
Llegaron donde tengo referido,
Y estos con mucha cantidad de gente
Que residian por aquel partido
Llevó consigo Gasca, presidente
Que ya contra Pizarro era venido;
Así que de la gente mas lucida
La costa por allí quedó barrida.

El don Pedro de Heredia, que cansado
Estaba de jornadas, y en efeto
De golpes de jueces descarnado,
Que cierto lo pusieron en aprieto,
Viéndose de vejez ya rodeado,
Puso los ojos en estar quieto,
Si dominio fatal y violento
Condescendiera con su pensamiento.

Mas aunque ya con horas y rosarios
Eran sus traetos y conversaciones,
Teniendo los avisos necesarios
En nunca perder misas ni sermones,
Todavía duraban de contrarios
Dañadas y malditas intenciones,
Cuyos contrastes eran de tal suerte
Que fueron ocasiones de su muerte.

Mas antes que lleguemos al remate
Y fin acerbo del varon famoso,
Quiero contar un pérfido dislate
Intentado por cierto religioso,
Porque razon requiere que lo trate
Por ser atrevimiento monstruoso,
Y sin entremeter paja ni ripio
Diremos el origen y principio.

El año de quinientos y cincuenta
Hicieron los Contreras tal esceso,
Que con mano sacrilega, violenta,
Mataron al obispo Valdevieso;
Y en él también sus manos ensangrienta
Castaneda, que fué fraile profeso
En Nicaragua, do con los traidores
Se congregaron muchos malhechores.

Fueron á Panamá los delincuentes
Do hicieron también hechos inicós,
Y con lo que robaron á las gentes,
Si les durara, fueran todos ricos;
Iban allí como sobresalientes
También otros dos frailes dominicos,
Fray Andrés de Albis muy desvanecido,
Con otro fray Alonso tan perdido.

Vencidas estas pérfidas banderas
Por un Martin Ruiz, dicho Marchena,
Y poblados los campos y riberas
De los que merecian mortal pena,
No sé yo por qué vias ó maneras
Fueron los frailes dos á Cartagena,
En cuyo territorio y hemisferio
Era recién fundado monasterio.

Fray Josepe de Robles fué primera
Persona fundadora del convento,
No donde agora está, sino mas fuera,
Que en los jaqueyes fué primer asiento;
Este los recogió, que no debiera,
Aunque debió de ser con buen intento;
Después al reino se mudó, dejando
Al fray Andrés de Albis con su mando.

Viéndose ya señor del monasterio,
El apetito fué de mayor cebo,
Pues quiso ser monarca del imperio
De cuanto damos hoy al mundo nuevo;
Y no fuera milagro ni misterio
Ahogarse con un tan solo huevo,
Porque veais á qué se determina
En traje de humildad una gallina.

En este tiempo, por lo sucedido
En los rebeliones mal fundados,
Habian muchos de Pirú venido
Por Gasca, presidente, desterrados;
Y el destierro debió de ser medido
Segun la cualidad de los pecados,
Y los que merecian menor pena
Se quedaban allí por Cartagena.

Diego de Vargas Caravajal era
Uno destos, y Ochoa, vizcaino,
Que mucho rehusaron la carrera
Cuando con la traicion el fraile vino;
Mas él los indució de tal manera
Que se prendaron deste desatino;
Y estos dos, que después hicieron piezas,
Quedaron señalados por cabezas.

Comienzan á juntar gente baldía,
Armas y belicosos instrumentos,
Con el secreto que les convenia
Debajo de solemnes juramentos;
Y el dicho fray Andrés señaló dia
Para principios tristes y sangrientos,
Ocupados estando los vecinos
En los oficios sacros y divinos.

Fué la resolución entrellos esta,
Dispuesta por el monaco profano:
Predicar él en una cierta fiesta,
Por ser predicador el mal cristiano,
Y allí los acabase gente presta
Cuando hiciese señas con la mano;
Mas para sus contentos y placeres
Reservasen á solas las mujeres.

Concertados los torpes desvarios,
Puestas las cosas todas en sus manos,
Hacian cuenta de tomar navios,
Y en ellos embarcarse los tiranos
Para domar los otros señorios
De Panamá, con pueblos comarcanos,
Y desde Panamá pasar á Lima
Y subyectar el resto de por cima.

Estas cosas y otras representa
El mal prior á todos los damnados,
Y dice que de gente descontenta
De los que fueron mal galardonados,
Y muchos que vivian con afrenta,
Innumerables eran los soldados
Dispuestos á pasar esta carrera,
En viendo levantar cualquier bandera.

Encarece su próspera ventura
Hablando con la pérfida cuadrilla,
Promete colocallos en altura
De que suele gozar escelsa silla:
Mirad á cuánto llega la locura
De un hombrecillo vil y con capilla,
Queriendo ya trocalla por almete
Y de tan gran traicion ser alcabete.

Pues cuando la traicion y alevosía
Intentaba con tacito recado,
Era ministro de la sacristía
Un Alonso Ruiz, bien inclinado,
Que fué después por su sabiduría
En este Nuevo Reino prebendado,
Músico principal de voz y dedo,
Y natural del reino de Toledo.

Este que no sabia desta guerra
Que por traidora gente se movia,
Un mancebo tenia de su tierra
En su posada y en su compañía:
La memoria del nombre ya se yerra,
Que no me acuerdo cómo se decia;
Pero por no tener aviamiento
Para Pirú, vivia descontento.

Y viéndolo con angustioso pio
El Alonso Ruiz, por consolallo,
Para subir al reino por el rio
Habló con quien podia negociallo,
Y hasta la barranca le dió avio
De tamemes ladinos y caballo,
Y allí canoas y matalotaje
Para que prosiguiese su viaje.

Salió de la ciudad el peregrino
Con este sobredicho pensamiento,
Y á la primer jornada del camino
Topó con tres de los del alzamiento,
En heredad cercana de un vecino,
Donde les proveian de sustento,
Debajo de buen fin y sin sospecha
De la grave maldad que se pertrecha.

Los tres de la cuadrilla detestable
Hiciéronle muy buen acogimiento,
Y mediante conversacion afable,
Supieron de sus pasos el intento:
Dijéronle ser tierra miserable
Y camino de gran desabrimiento;
Que se lo mostrarán de mas regalo,
Donde deseche presto pelo malo.

Muchas cosas le dicen, y en efeto,
Después de conjuradas prevenciones,
Le descubrieron en lugar secreto
Sus traidoras y malas intenciones;
El cual sin discrecion y sin respeto
Se venció de sus pérfidas razones,
Y hasta ver aquella maldad llena
Determinó volver á Cartagena.

Entróse sonriendo por el nido
Adonde hizo su primer escala;
El Alonso Ruiz, como le vido
Entrar con su hatillo por la sala,
De repentina cólera movido,
Le dijo: «Vengais mucho en hora mala;
Gasté por aviaros infinito,
¿Y volveis á las ollas de Egipto?»

El mozo le responde: «No se espante
Vuesa merced, señor, que no quisiese
Por agora pasar mas adelante,
Pues en ello me va gran interese,
Y sé que me dirá ser importante
Si por ventura yo se lo dijese.»
El Alonso Ruiz luego le instiga
Con importunidad que se lo diga.

Llegóse del oido muy cercano,
Y declaróle toda la substancia:
El otro, que sintió furor tirano,
Le dijo sin guardar mas circunstan-
cia: «Oh hi de puta, puto, mal cristiano!
¿Y ese llamais negocio de importancia?
Id al adelantado, dadle cuenta
Quién es aquel que tal maldad intenta.»

No reparéis ganarme por la mano
Antes que mis palabras se deslicen;
Mira que luego declareis de plano
Todo cuanto sabeis y aquellos dicen,
Porque si no, prometo de un villano
Que tengo de hacer que os descuarticen.»
El mozo le rogó que con él fuese
Para que su mandado se cumpliese.

Viéronse pues con el adelantado,
Y el Alonso Ruiz, como debía,
Dijo luego: «Señor, este soldado
Quiere hablar con vuestra señoría
Un negocio que dice ser pesado,
Y rogóme que fuese yo la guía:
No sé lo que se quiere; pero siento
Que debe ser negocio de momento.»

Para que la razon fuese tan nota
Cuanto fueron los sonos que le dieron,
En parte de la casa mas remota
Heredia y el mancebo se metieron,
Donde le relató, sin faltar jota,
Lo que los tres soldados le dijeron;
Y así con la debida diligencia
Mandó traer los tres á su presencia.

Fué la prision nocturna, sin ruido,
Y con tan recatado miramiento,
Que de nadie fué visto ni sentido
Aquel acelerado mandamiento;
Y dellos el delicto conocido,
Sin que los apremiasen con tormento,
Supo también, para mayor aviso,
En otras circunstancias lo que quiso.

Pues como la maldad fuese notoria
Contra las honras, vidas y caudales,
Y no para perder de la memoria
El hacer diligencias puntuales,
Fué, como general, Joan de Villoria
Con copia de vecinos principales
A Cipacua, para prender traidores
Y al fraile y á los otros dos autores.

Despachóse también por otra via
A don Luis Bravo, cierto caballero
Que en este Nuevo Reino do vivia
Lo conocí después encomendero;
Aqueste recogió gente baldía
Tocada de la mancha que refiero,
Y culpados ó libres de la pena,
Llevó gran cantidad á Cartagena.

Hizo Villoria pues jornadas largas
Hasta poner en su lugar la proa:
Espántanse de ver lanzas y adargas
Que hieren rayos de la parte eoa;
Prenden por buenos términos al Vargas,
A los frailes también y al Pedro Ochoa;
Ansimismo prendieron los soldados
Que con ellos estaban congregados.

Algunos sueltos y otros en cadena
Con palabras de buen comedimiento,
Llegan á la ciudad de Cartagena,
Y al Vargas se le dió luego tormento;
El cual y los demás dignos de pena
Declararon con él su mal intento,
Y segun merecia su malicia,
Se hizo dellos ejemplar justicia:

El Ochoa y el Vargas arrastrados
Y en ocho partes ambos divididos;
Los demás oficiales ahorcados,
Y con azotes los demás punidos;
A Castilla los frailes desterrados,
Con grillos en navios son metidos;
Otros menos culpados en el yerro
Condenados salieron á destierro.

Como surgiese pues en la Habana
La nao do fray Andrés estaba preso,
Tentó de se huir con obscurana,
Sin nadie poder ver aquel esceso;
El cual, viendo con viento tramontana
Estar un cable acia tierra tieso,
Asiendo dél creyó que guía fuese
Para llegar adonde se abscondiese.

Y así le sucedió, pues en alcance
Yendo de tierra para tomar puerto,
La nao parece ser hizo balance,
Tal que quedó con aguas encubierto;
Y en este mas que miserable trance
Lo recibió la blanca Tetis muerto:
Dicen que lo hicieron dios marino,
Mas á creello no me determino.

Aqueste fué su fin y paradero
Por noviembre del año precedente....
Y luego después desto, por enero,
El otro que á cincuenta fué siguiente,
Espanto y alboroto mas entero
A la ciudad le vino de repente,
Por casual y general incendio,
Del cual quiero hacer breve compendio.

Tenian casas en aquella era
Personas pobres ó calificadas,
Los altos y los bajos de madera
Con cogollos de palmas cubijadas;
Y aun hoy algunas hay desta manera,
Que no todos las tienen mejoradas,
Y son las sobredichas coberturas
Para llamas de fuego mal seguras.

Porque con soplos del continuo viento
Y el ardiente calor, están las ramas
Dispuestas siempre para nutrimento
De las veloces y movibles llamas,
No con menos lijero movimiento
Que globos que deshacen duras tramas,
Impelidos del polvo salitroso
Por el cañon cruel y fulminoso.

Al tiempo pues que negras confusiones
Cubrian con su nubo tenebroso
A gentes de las indias regiones,
Llenas de soporífero reposo,
Una mujer tomaba las unciones,
Que padecía mal contagioso,
Y las ministras se dejaron brasas
Pegadas á la cerca de las casas.

Enciéndense los palos con la lumbre,
Y fué la fuerza dellos de manera,
Que voló presto hasta la techumbre
Y salió por encima la cumbre,
Usando de su natural costumbre,
Invalescendo contra la madera:
Salta del lecho la doliente dama
Como vido los humos y la llama.

Eran aquestas casas al remate
Del pueblo, que es do leste se deriva;
Y entonces era tanto su combate
Que no se vido cosa mas esquivada:
Centellas sobre las demás abate,
Y con furiosos soplos las aviva;
Vieron la lumbre gentes castellanas
Y á gran priesa repican las campanas.

Los de la ciudad alborotada,
Pensando ser cosarios, salen fuera:
Huye sin su marido la casada,
Sin esperar á padre la soltera,
Una descalza, otra destocada
Y otra con menos ropa que quisiera;
Otros acuden al primero fuego
Imaginando mitigallo luego.

Pero la llama con sus remolinos
Por varias partes los escandaliza,
Y el viento con fumosos torbellinos
Y presurosos soplos mas atiza,
Tanto que casas de los mas vecinos
Se convierten en polvo y en ceniza:
La revuelta, la grita y el estruendo
De las gentes y llamas es horrendo.

Segun un rio cuando va crecido
Y baja de los altos de repente,
Por piedras y peñascos divertido,
Fuera del curso viejo la creciente,
Que con aquel acuático ruido
Se turban los oidos de la gente,
Y con el rumor sordo y espantable
No se percibe cosa que se hable:

Así también con los fogosos sonos
De las pajizas casas que se encienden,
Iban en crecimiento turbaciones,
Sin que supiesen quiénes los ofenden;
Y si preguntan causas y razones,
Los unos á los otros no se entienden,
Ni nadie dellos en aquella plaga
Sabe qué se responda ni qué haga.

Los que pensaban ser cosario marte
Y sobresalto de francés avaro,
Huyendo van por una y otra parte,
El ausencia tomando por reparo;
Pero la mucha lumbre fué de arte
Que se desengañaran con su claro:
Cada cual vuelve do su casa arde,
Pero cuando vinieron era tarde.

Porque la llama fué tan presurosa,
Sin que breve momento reparase,
Que fué substancia poco provechosa
Ya que de llamas algo se librase,
Y á todos cuasi no les quedó cosa
Que no se consumiese y abrasase;
De tal manera, que los mas subidos
Quedaron totalmente destruidos.

Heredia viendo desde plaza rasa
Arder la iglesia, fué por socorrella,
Y cuando revolvió sobre su casa,
Do vió prevalecer viva centella,
Hallóla toda ya tan hecha brasa,
Que se le quemó todo, sin que della
Pudiesen escapar cosa ninguna:
Que fué terrible golpe de fortuna.

La cual no tuvo menos inelemencia
Con él después, trienio ya pasado,
Porque le vino para residencia
Por juez el doctor Juan Maldonado,
Fiscal y oidor después en el audiencia
Deste distrito ya conmemorado,
Donde residen hoy sus tres sobrinas
Que son de grandes alabanzas dinas.

Doña Leonor, doña Isabel, doña Ana,
Puestas con gran razon en escriptura
Con tinta de alabanza soberana,
Porque demás del don de hermosura,
Su gran bondad, honor, vida cristiana,
Camino van de celestial altura,
Y no menos lo llevan sus concetos
De hijos y de hijas y de nietos.

Aqueste doctor era de Sevilla
Y por algunas prendas obligado
Al favor de George Quintanilla,
Vecino principal y muy honrado,
Pero del número de la cuadrilla
Que perseguian al adelantado;
Y en esta residencia que refero
A mí me consta selle mal tercero.

Para tomalle pues la residencia
Término señalado se pregona;
Y aunque tuvo debida reverencia
En tractar con respecto su persona,
Aquel odio, rancor y mal querencia
Del que ya señalé lo desentona,
Y otras muchas dañadas intenciones
Le hicieron usar de sinrazones.

También Beltrán, á cuyos pedimientos
El juez vino con humor adusto
Por agravios y malos tractamientos,
Fué causa principal de su disgusto,
Pues en dar ó quitar repartimientos
Ningun juez en Indias es tan justo
Que pueda segun las variedades
Ajustarse con todas voluntades.

A dar favor á este se convierte
Toda la junta de los mal querientes,
Con ser un hombre no de tanta suerte
Que poseyese prendas eminentes;
Mas en efecto, causa de su muerte
Y de gran sinsabor á sus parientes,
Por arrimar jueces el derecho
A quien les encamina mas provecho.

Y así, para salir con el intento,
Este doctor con leyes lo reboza;
También con sus parientes al momento
Anduvo la pasion á toda broza;
Quitó los indios y repartimientos
Al capitán Alvaro de Mendoza;
Pero volviélosos mejor justicia
Después que les constó de la malicia.

Pues el adelantado como via
Que procuraban dalle zancadilla,
Y que con el doctor prevalecia
La mala voluntad de Quintanilla,
Consideró que mucho le cumplia
Apresurar sus pasos á Castilla;
Y así se despachó secretamente,
Y Alvaro de Mendoza juntamente.

Segue con mal agüero la derrota,
Y en una conjuncion que no debiera,
Por ir en los navios de la flota
De que Gomez Farfán general era,
Donde fortuna mala fué pilota,
Entonces falsa y antes lisonjera;
Pero pudo meter en el Habaña
Cosme Farfán su flota toda sana.

Hasta llegar allí no faltó maña,
Por ser hombre de mar bien advertido;
Serian veinte naves de compañía,
Con las cuales estuvo detenido,
Esperando las de la Nueva-España,
Tres meses en amores divertido,
Todos los del viaje descontentos
Por las tardanzas y detencimientos.

Durantes estos dias mal gastados,
Como por ciertas causas se desamen
Santos de Alger y Marañon, soldados,
Allí tuvieron singular certamen,
Y solos, de sus armas preparados,
Hicieron de las fuerzas tal examen,
Que en el litigioso desconcierto
Uno destos soldados quedó muerto.

El vivo, por la pena merecida
Que recelaba por sus maleficios,
A gran priesa tomó para guarida
La casa de los santos sacrificios:
Farfán al Marañon viendo sin vida,
Tomó soldados que halló propicios,
Y al Santos que con santos halló solo
Sacólo de la iglesia y ahorcólo.

Hizo sus diligencias el prelado
Antes que ejecutase la sentencia;
Y visto no cumplirse su mandado,
Sino perseverar en la demencia,
Con anatema fué descomulgado,
Por los quebrantamientos y violencia;
Reiase Farfán, y como loco
Tuvo la tal descomunión en poco.

Y así, sin procurar absoluciones
Ni se parar á correccion cristiana,
Haciéndole cien mil protestaciones
Cada dia la gente castellana
Acerca de sus grandes dilaciones,
Determinó salir de la Habana,
Y aun porque don Antonio de Ribera
Esta quiso dejar y salir fuera.

El cual llevaba del Pirú bastantes
Recados de poderes é instrucciones
Para pedir al rey cosas tocantes
Al bien de aquellas prósperas regiones;
Y solo, sin los otros navegantes,
Quiso salir de aquellas confusiones,
En San Andres, un galeon terrible
Que compró por ser hombre de posible.

Tal intencion por el Farfán sabida,
Que por ventura fué con tal intento,
Dió pregon que so pena de la vida
Nadie haga del puerto mudamiento;
Mas aprestóse para la partida
No sin sospecha grande de mal viento,
Pero por los murmurios de las gentes
No curó de mirar inconvenientes.

Salió del puerto, no de buena gana,
Que de mar bonancible desespera,
Y del galeon hizo capitana
Donde iba don Antonio de Ribera;
No hallan los navios la mar llana,
Antes los contrastó tormenta fiera,
Y cuanto mas la noche se cerraba
La mar mas se movia y alteraba.

Durante pues aquella noche ciega,
Por un rumbo que estaba mal seguro,
El galeon á mas andar se aniega,
Del cual mandan soltar un pasamuro;
Luego la flota toda se le llega,
Y dió cuenta Farfán del trance duro,
Y á grandes voces le responde luego
Un piloto llamado Joan Gallego:

«Señor, pues dais tan malas esperanzas
De poder escapar desos estremos,
Al sur teneis el puerto de Matanzas,
Allá conviene mucho que arribemos,
Porque fuera de tales destemplanzas
Esas necesidades remediamos;
Mas al entrar mirad por el alhaja
Porque no zabordeis en una laja.»

El general le dijo: «Sed vos guía;
Poned farol con la posible priesa,
Porque por donde vos hicierdes via
La derrota de todos será esa.»
Entraron todos bien por do decia;
Mas la nao llamada la Condesa,
Por no saber el bajo no se arriedra,
Y al entrar encalló sobre la piedra.

Surtas las otras naos y bajeles,
Luego las otras gentes del viaje
Rodean la Condesa con bateles
Y sacan oro, plata y el fardaje,
Hasta la carga de bovinas pieles,
Y grandes cajas de matalotaje;
Después con anclas y con cabestrantes
Hicieron que nadase como antes.

Metiéronla, ya libre de la peña,
Por parte que no cubre mal engaño,
Y la cuadrilla nautica domeña
Brazos robustos al henierto caño
De la bomba, que luego les enseña
Tener remedios prestos aquel daño;
Y así los marineros oficiales
Acuden con debidos materiales.

Della y del galeon fuera la ropa,
Con lado que les da quien los menea,
Recorriendo de proa hasta popa,
La parte peligrosa se tantea:
Aprietan calafates el estopa,
Cubre costuras la teosa brea,
De tal manera, que se hacen ciertos
Que podrian dejar aquellos puertos.

Pero por se mostrar el mar obscuro,
Cuarenta dias tienen de reposo
Allí, que saben ser puerto seguro
Contra furias del Orion proceloso
Y bravas tempestades del Arturo
Que entonces se mostraba riguroso;
Al cabo de los cuales con bonanzas
Salieron deste puerto de Matanzas.

Al escorpión nocivo Febo deja
Por visitar al fuerte sagitario,
Cuando la turba náutica perpleja
Echa juicios con parecer vario;
Pero por votos de los mas, se aleja
Con los amenazar tiempo contrario,
El efecto del cual fué de manera
Que cada cual de vida desespera.

Y así la flota no va recogida,
Porque con los rigores turbulentos
Fué por diversas vías divertida,
Molestada de aguas y de vientos;
Llegó Cosme Farfán á la Florida
Con las naos que siguen sus intentos;
Hallóse la Condesa que echó sonda
En solas ocho brazas de mar fonda.

Aviso quiso dar de la fondura
Con voluntad, á lo que dicen, sana;
Pero como no hay hora segura,
Llegó sin que amainase la mesana,
Y por inopinada desventura
Embiste con la nao Capitana,
Y el golpe que le dió fué tan pesado
Que la rompió por medio del costado.

Todo cuanto tenía la cubierta
Al mar tempestuoso se convierte;
A las saladas aguas abrió puerta
Para trance mortal infausta suerte,
Pues allí si se via cosa cierta
Era la certidumbre de la muerte:
Oyense grandes gritos y alaridos
De los que de las aguas son sorbidos.

Tristes pero brevisimas querellas
En balde pudo dar Ana Carmeña,
Y con ella también ocho doncellas
Mestizas que servían á esta dueña;
Pues hechas una balsa todas ellas
El impio mar la muerte les enseña,
Con otros, que debieron ser cuarenta,
Absortos de la grávida tormenta.

Los otros de la mísera tragedia,
Por jarcias y por mástiles asidos,
Entre tanto que gente los remedia
Y sean con bateles socorridos;
Entre estos mismos don Pedro de Heredia,
Farfán y don Antonio, sin vestidos,
Que con el resto que no se pregona
Entraron en la nao Bretendona.

Perdido pues aquel desta manera
Por ocasión y via tan estraña,
Los otros prosiguieron su carrera
Hasta poner las proas en España;
Mas en el golfo, con tormenta fiera
Que cuanto mas navegan mas se ensaña,
La nao Bretendona mal se halla
Con agua que no pueden agotalla.

Pidió socorro como convenia,
Y á lo dar ocurrieron con presteza
Con nave que Cosme Buitron traia,
Donde metieron toda la riqueza;
Y entró la temerosa compañía
Llena de confusion y de tristeza,
Trocado cada cual de su figura
Por tan continuada desventura.

Entraron licenciados y doctores,
El buen Heredia y otros caballeros,
Y Góngora y Galarza, dos oidores
Que deste reino fueron los primeros;
Entraron confusiones y temores
Adivinando malos paraderos;
Entró fuera de todo regocijo
El gobernador Sancho de Clavijo.

Ansímismo subyectos á Neptuno
Otros iban allí no tan insines,
Mas con temor no menos importuno:
Notarios, escribanos y malsines,
De los cuales á uno ni ninguno
Conoció que tuviese buenos fines,
Antes tristísimos acabamientos
Y sin gozar de santos sacramentos.

Bien creo yo que no haré cosquillas
Al bien intencionado ni al modesto;
Mas de muchos que vi por estas villas,
Hablo tan solamente deste puesto,
Podría declararos maravillas,
Por mi consideradas cerca desto;
Cuya muerte de nadie fué plañida
Y tal que dió gran muestra de su vida.

Hambrientos lobos que todo lo quieren
Y á los demás les cuentan los bocados;
Vayan las cosas por adonde fueren
La casa llena hasta los tejados;
Robando viven y robando mueren
Y en robos son sus días acabados;
Y al cabo de la vida tanta mengua
Que pocos dellos mueren con su lengua.

Destos iban allí no sé qué tantos,
Y cada cual el cofre proveído,
Que vistos los mortíferos espantos
Quisieran muy mejor haber vivido:
Todos llaman al Santo de los santos
Con devoción y lánguido gemido,
Porque el viento, la mar, la destemplanza,
Quitaba del vivir la confianza.

Con esta furiosísima refriega
Llegaron al paraje de Zahara,
La costa della toda turbia, ciega,
Y tal que no se via cosa clara;
A los cables y ancoras entrega
Buitron la nave dicha y allí para,
Pensando que los inconstantes vientos
Mitigarán sus ásperos alientos.

Pero la furia dellos era tanta
Que desconsuela la compañía triste,
Y de los bajos piés á la garganta
El espumoso golpe los embiste;
Hasta las altas gaviotas se levanta,
Y por ninguna via se resiste:
Cuanto oyen y ven los amenaza
Y el hilo del vivir les adelgaza.

Temen que el agua no los arrebate
De la cubierta por do va corriendo;
Oyen por los peñascos el combate
Donde las olas quiebran con estruendo;
Impetuoso viento los abate
Con furia, tempestad y son horrendo;
En camisa, sin calzas y sin sayos,
E ya todas sus fuerzas son desmayos.

Los unos y los otros lamentando,
Hiriendo con temblor dientes con dientes,
Tablas, barriles, palos procurando
Con otros materiales diferentes,
Para llevar con ellos sustentando
Los cuerpos miserables y dolientes,
Rendidos al rigor del mar airado
Bravo, feroz y desapiadado.

En este trance mas que miserable
Porque la noche no los ocupase,
Pareciéndole medio razonable
Con que la gente toda se salvase,
Mandó Cosme Farfán cortar el cable,
Y en la playa la nave zaborbase;
Lo cual se hizo como lo mandaba,
Pero no sucedió como pensaba.

Porque como llevaba tanta carga,
A breves pasos encalló la quilla;
Fué para brazos la distancia larga,
Pues con ellos pretenden el orilla;
Allí la confusion triste y amarga,
Allí la turbación y la manilla;
Fuera recelán el mortal encuentro,
Peor y mas cruel si quedan dentro.

Ya la nao por partes se reparte;
Fuera de su lugar el timon anda,
Las obras muertas van por una parte,
Jarcias y velas van por otra banda;
Nadan los que son diestros en el arte,
Como necesidad urgente manda;
A tierra llegan recios marineros
Y Farfán y Buitron de los primeros.

Los menos diestros en aquestos usos,
Cuyas cubiertas son las carnes solas,
Andan allí revueltos y confusos
Tragando ya la muerte con las olas;
Quiembra Laquésis los vitales husos
A mas de cien personas españolas,
Entre los cuales son los dos oidores
De mas quieto fin merecedores.

Otros muchos juristas y escribanos
Bullian por las ondas muy espesos,
Pero no se valían de sus manos
Para contra la mar hacer procesos:
Perecen ellos y papeles vanos
Do pintaron apostó los escesos;
Y á los del licenciado Juan Montañón
El agua no les quiso hacer daño.

Porque viéndolos ir con tales sellos,
El marino rigor dellos se espanta;
Digo que se espantó la mar de vellos,
Y así no los corrompe ni quebranta;
Y tales en efecto fueron ellos,
Que su culpa pagó con la garganta,
Pues exención tan llena de furoros
No debió merecer fines mejores.

Télez, que secretario fué primero
En este reino, ya libre de faldas,
Se concertó con cierto marinero
Que lo sacase sobre sus espaldas,
En pago de lo cual le dió dinero
Y algunas buenas piedras esmeraldas;
Cogió las joyas y el delphin se anima
A navegar con Arion encima.

El Arion novelo se consuela
Viéndose ya llevar desta manera:
Mas el delphin robusto que recela
Poder llegar al fin de la carrera,
Faltó como faltaba la vibuela,
Antes de lo sacar á la ribera:
Al fin Alonso Télez se le queda
Muerto, y él escapó con la moneda.

La dura tempestad le fué propicia
Viéndole las espaldas descargadas;
Mas con duro flagelo de justicia
Después se las pararon coloradas,
Diciendo que lo hizo de malicia
Personas que venían rezagadas,
A quien valió contra la violencia
Saber nadar y buena diligencia.

El buen adelantado se adelanta
En confianza de salir á nado:
Una vez con las olas se levanta,
Dellas es otra vez precipitado,
A la resaca llega, mas es tanta
Que no le consentía tomar vado,
Y así lo que buen ánimo consulta
Quebrantada vejez le dificulta.

Adonde ve mas quietud arriba,
Su vencedora fuerza ya vencida;
En tierra dos ó tres veces estriba,
Poco le falta para la salida....
Mas un gran mar de tumbo lo derriba,
Que fué postrer remate de la vida
Del capitán egregio, sabio, fuerte,
Indigno de morir tan mala muerte.

No pudiera con él onda violenta
Viendo sus brazos en edad mas moza;
No falta pues allí quien lo lamenta
Y que de corazón gime y solloza;
Pues escapó de la cruel tormenta
El capitán Alvaro de Mendoza,
Marido digno de mujer tan dina
Cual es doña Francisca su sobrina.

Digo sobrina del adelantado,
En su remate falta de ventura,
Cuyo cuerpo no pudo ser hallado
Para dalle terrena sepultura,
Aunque con ansiosísimo cuidado
Alvaro de Mendoza lo procura,
El cual se libró de la mar insana
En una carabela lusitana.

Llegó la nueva pues á Cartagena
Y larga relación deste conflicto,
Donde se recibió tan grave pena
Que no sabré pintalla por escrito:
En cada casa generosa suena
Un gran clamor y doloroso grito;
Las generosas damas y doncellas
Daban impacientísimas querellas.

En todos era general el lloro;
Amigos y enemigos enlutados;
Los cabellos que esceden hebras de oro,
Vuelan aquí y allí despedazados;
Destiérnanse las galas y el decoro
Que solían usar tiempos pasados;
Hacen demostración destos dolores
Las sonoras campanas con clamores.

Y aquella dueña digna de memoria,
Su sobrina mayor dona Costanza,
Viuda ya del buen Juan de Villoria,
Con prendas de no menos esperanza,
Su sentimiento fué cosa notoria
A los que conocimos su templanza;
Pues yo con otros muchos circunstantes
Oíamos palabras semejantes:

« ¡ Oh lumbre de mis ojos, padre mio,
De mi ventura claro fundamento,
Pues que padre me fuestes mas que tio,
En regalos, amor y tractamiento!
No merecía ser vuestro desvío
Fatal entre furoros de agua y viento,
Do la manera del morir escede
Al dolor que quitar la vida puede.

» A todas las humanas criaturas
Bien veo que el morir les es anejo;
Mas de morir en estas coyunturas
Y concluir con tan amargo dejo,
Las entrañas crueles y mas duras
Conocerán que con razón me quejo;
Pues que ser y valor tan agradable
No merecía fin tan miserable.

« Oh fortuna cruel, vil, inconstante,
Cuán insufribles son tus desafueros!
¿ Quién vivirá con golpe semejante
Sin desear sus días postrimeros,
Pues así nos quitaste de delante
Honra de los honrados caballeros?
Arrebatástenos, facinerosa,
Un ejemplar de vida virtuosa!

» Venciste ya la vencedora mano;
Llevástenos al invencible pecho,
Aquel entendimiento soberano,
Y al instrumento del comun provecho,
A quien á todos fué padre y hermano,
Cabal en las palabras y en el hecho,
Fácil en perdonar cualquier injuria
En movimiento de la mayor furia.

» Nunca jamás apeteció venganza,
Y en las ejecuciones del castigo
Muy menor el rigor que la templanza,
Y tanta mas cuanto mas enemigo:
Comun y general es la probanza
Que puede confirmar esto que digo;
Razon hace hablar, y no fatiga,
Sin temor de que nadie contradiga.

Con tales loas voz enternecida
Los oídos hirió de los oyentes;
Las cuales, si razón es conocida,
No se pueden decir impertinentes,
Y á vuelta de las quejas no se olvida
De las cosas al alma convenientes,
Pues para celebrar los funerales
Hizo las diligencias principales.

Vinieron luctuosas compañías,
Ansí de dueñas como de varones;
Acudieron devotas cofradías,
El dean y cabildo y religiosos;
Hubo por el espacio destos días
Luculentos y pródigos sermones,
Y todo lo demás tan en su punto
Que se mostró por él el del difunto.